

Iain Reid

**ESTOY PENSANDO  
EN DEJARLO**

Traducido del inglés por Cristina Martín Sanz

Título original: *I'm Thinking of Ending Things*  
Esta edición ha sido publicada por acuerdo  
con The Foreign Office y Transatlantic Agency.

Diseño de colección: Estudio Pep Carrió

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



Copyright © Iain Reid, 2016  
© de la traducción: Cristina Martín Sanz, 2020  
© AdN Alianza de Novelas (Alianza Editorial, S. A.)  
Madrid, 2019  
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15  
28027 Madrid  
[www.AdNovelas.com](http://www.AdNovelas.com)

ISBN: 978-84-9181-811-3  
Depósito legal: M. 86-2020  
Printed in Spain

*Para Don Reid*



Estoy pensando en dejarlo.

Una vez que llega este pensamiento, se queda. Perdura. Permanece. Domina. No hay gran cosa que yo pueda hacer al respecto. Créanme. No se va. Está presente, me guste a mí o no. Está presente cuando como. Cuando me voy a dormir. Está presente cuando estoy durmiendo. Está presente cuando me despierto. Está presente siempre. Siempre.

No hace mucho que lo pienso. Es una idea nueva, pero al mismo tiempo parece vieja. ¿Cuándo surgió? ¿Y si no ha sido concebida por mí, sino que alguien la ha implantado en mi mente, alguien la ha desarrollado previamente? ¿Una idea no expresada carece de originalidad? A lo mejor es que lo he sabido todo el tiempo. A lo mejor es que así era como iba a acabar esto.

Jake dijo en una ocasión: «A veces un pensamiento está más cerca de la verdad, de la realidad, que una acción. Se puede decir cualquier cosa, se puede hacer cualquier cosa, pero no se puede fingir un pensamiento».

No se puede fingir un pensamiento. Y eso es lo que estoy pensando.

Me preocupa. De verdad. Tal vez debería haber sabido cómo iba a acabar lo nuestro. Tal vez el fin estaba escrito ya desde el principio.

La carretera está casi vacía. Silenciosa. Desierta. Más de lo previsto. Hay muchas cosas que ver, pero muy poca gente, y tampoco hay muchos edificios ni viviendas. Cielo. Árboles. Campos. Vallas. La carretera y sus arcones de grava.

—¿Te apetece que paremos a tomar un café?

—Estoy bien así —respondo.

—Es la última oportunidad que vamos a tener antes de adentrarnos de verdad en el campo.

Voy de visita a la casa de los padres de Jake por primera vez. O así será cuando llegemos. Jake. Mi novio. No llevamos mucho tiempo siendo novios. Este es el primer viaje que hacemos juntos, el primer trayecto largo en coche, de modo que resulta extraño que experimente un sentimiento de nostalgia, nostalgia por nuestra relación, por él, por los dos. Debería estar emocionada, deseosa de ser la primera de muchas, pero no lo estoy. En absoluto.

—No quiero tomar café ni comer nada —repito—. Quiero hacer hambre para la hora de cenar.

—No creo que esta noche vaya a haber el típico banquete. Últimamente mi madre está cansada.

—Pero no le molestará que venga yo, ¿verdad?

—No, se alegrará. Se alegra. Mi familia tiene ganas de conocerte.

—Por aquí no hay más que establos. En serio.

Hacía años que no veía tantos establos como estoy viendo en este viaje. Puede que no haya visto tantos en toda mi vida. Son todos iguales. Unas cuantas vacas y unos cuantos caballos. Ovejas. Prados. Y establos. Y un cielo enorme.

—Estas carreteras no tienen alumbrado.

—No hay suficiente tráfico para que merezca la pena poner alumbrado —replica Jake—. Seguro que ya te has dado cuenta.

—Pues por la noche debe de estar muy oscuro.

—Así es.

Tengo la sensación de conocer a Jake desde hace más tiempo. ¿Cuánto llevamos...? ¿Un mes? ¿Seis semanas, quizá siete? Debería saberlo con exactitud. Yo diría que han pasado siete semanas. Tenemos una conexión de verdad, un apego raro, intenso. Nunca había experimentado nada igual.

Me giro en el asiento hacia Jake y subo la pierna izquierda para sentarme encima de ella, como si fuera un cojín.

—¿Y qué es lo que les has contado de mí?

—¿A mis padres? Lo suficiente —responde al tiempo que me mira brevemente. Me gusta esa expresión. Le sonrío. Me siento muy atraída hacia él.

—¿Qué les has dicho?

—Que he conocido a una chica muy guapa que bebe demasiada ginebra.

—Mis padres no saben quién eres tú —replico.

Jake cree que estoy de broma, pero no es así. Mis padres no tienen ni idea de que él existe. No les he hablado de él, ni siquiera les he contado que he conocido a una persona. Nada. No he dejado de pensar que debería decirles algo. He tenido

múltiples oportunidades. Pero es que no estaba lo bastante segura como para decir nada.

Jake pone cara de ir a hablar, pero cambia de opinión. Alarga la mano para encender la radio. Solo un poco. La única música que hemos logrado encontrar después de recorrer el dial varias veces ha sido una emisora rural. Antigua. Jake sigue el ritmo de la música con la cabeza y tararea en voz baja.

—Nunca te había oído tararear —comento—. Lo haces muy bien.

No creo que mis padres lleguen a enterarse de que Jake existe, ni ahora ni más adelante con efecto retroactivo. Mientras avanzamos por una desierta carretera rural de camino a la granja de sus padres, este pensamiento me causa tristeza. Me siento egoísta y egocéntrica. Debería contarle lo que estoy pensando, pero es que es un tema muy difícil del que hablar. Una vez que me surgen estas dudas, ya no puedo dar marcha atrás.

Ya lo he decidido, más o menos. Estoy bastante segura de que voy a poner fin a esto. Eso alivia la presión de conocer a los padres de Jake. Tengo curiosidad por saber cómo son, pero también me siento culpable. Seguro que él piensa que el hecho de que yo vaya a la granja de sus padres es una señal de compromiso, de que la relación está profundizándose.

Está sentado aquí, a mi lado. ¿Qué estará pensando? No tiene la menor idea. No va a resultar fácil. No quiero hacerle daño.

—¿Cómo es que conoces esta canción? Además, ¿no la hemos oído ya antes, dos veces?

—Es un clásico *country* y yo me críe en una granja. La conozco por defecto.

No me confirma que ya hemos oído esta canción dos veces. ¿Qué emisora de radio pone una misma canción varias veces en una hora? Ya no escucho mucho la radio; a lo mejor



ahora hacen esas cosas. A lo mejor es normal. No lo sé. O también puede ser que estas canciones *country* antiguas me parezcan todas iguales.

¿Por qué será que no recuerdo nada del último viaje que hice en coche? Ni siquiera sabría decir cuándo fue. Voy mirando por la ventanilla, pero en realidad no estoy mirando nada. Simplemente paso el tiempo como cuando se va en coche. Dentro de un coche todo pasa mucho más deprisa.

Lo cual es una lástima. Jake me ha hablado largamente de este paisaje. A él le encanta. Me dijo que cuando no está lo echa de menos. Sobre todo los campos y el cielo, afirmó. Estoy segura de que es muy bonito y muy apacible; pero cuesta trabajo distinguirlo desde un coche que está en movimiento. Intento absorber tanto como puedo.

Pasamos junto a una finca desierta en la que únicamente quedan los cimientos de una granja. Jake dice que se quemó hará unos diez años. Detrás de la casa hay un establo decrepito y delante se ven unos columpios. En cambio, los columpios parecen nuevos. No están ni viejos ni oxidados ni tampoco carcomidos por la intemperie.

—¿Y esos columpios de ahí? —pregunto.

—¿Qué?

—En esa granja quemada. Ahí ya no vive nadie.

—Si tienes frío, dímelo. ¿Tienes frío?

—Estoy bien —contesto.

El cristal de la ventanilla está frío. Apoyo la cabeza en él. Noto las vibraciones del motor a través del cristal y también cada irregularidad de la carretera. Un suave masaje para el cerebro. Resulta hipnótico.

No le digo a Jake que estoy intentando no pensar en el Llamante. No quiero acordarme del Llamante ni de su men-

saje. Esta noche, no. Y tampoco quiero decirle a Jake que estoy evitando verme reflejada en la ventanilla. Para mí hoy es un día sin espejos. Igual que el día en que nos conocimos él y yo. Son pensamientos que me guardo para mí.

Noche de juego de preguntas y respuestas en el bar del campus. La noche en que nos conocimos. El bar del campus no es un lugar en el que yo pase mucho tiempo. No soy una estudiante. Ya no. Allí me siento rara. Nunca he comido nada allí y la cerveza de barril sabe arenosa.

Esa noche no esperaba conocer a nadie. Estaba con una amiga mía. Pero en realidad no estábamos atendiendo al juego; estábamos compartiendo una jarra de cerveza y charlando entre nosotras.

Creo que la razón de que mi amiga quisiera que nos viéramos en el bar del campus era que pensaba que allí yo podría conocer a un chico. No lo dijo, pero es lo que creo que pensó. Jake y sus amigos estaban sentados en la mesa de al lado.

Los juegos de preguntas y respuestas no son algo que me interese. No es que no sean divertidos, simplemente no son lo mío. Yo preferiría ir a un sitio un poco menos intenso o quedarme en casa. En mi casa la cerveza nunca me sabe arenosa.

El equipo en el que jugaba Jake se llamaba Cejas de Brézhnev.

—¿Quién es Brézhnev? —le pregunté. En el bar había mucho ruido y casi teníamos que gritar para oírnos por encima de la música. Llevábamos un par de minutos hablando.

—Fue un ingeniero soviético que trabajaba en metalurgia. En la época del Estancamiento. En vez de cejas, tenía dos orugas gigantescas.

De esto estoy hablando. Del nombre que se había puesto el equipo de Jake. Se supone que era gracioso, pero también

lo bastante raro para demostrar que tenían conocimientos del Partido Comunista Soviético. No sé por qué, pero estas son las cosas que me desquician.

Los equipos siempre se ponen nombres así. Y si no, eligen nombres que son descaradas insinuaciones sexuales. Otro equipo se llamaba «Mi sofá tiene un bulto enorme, ¡y yo también!».

Jake no es un tipo superatractivo, la verdad es que no. Resulta agradable en su irregularidad. No fue el primer chico en el que me fijé esa noche, pero era el más interesante. Rara vez me siento tentada por la belleza perfecta. Daba la impresión de ser un miembro menor del grupo, como si lo hubieran traído a rastras, como si el equipo dependiera de las respuestas que diese él. Me sentí atraída de inmediato.

Jake es larguirucho, desgarrado y nada armonioso. Con los pómulos muy marcados y la cara un poco hundida. Esos pómulos esqueléticos me gustaron la primera vez que los vi. Sus labios oscuros y carnosos compensan su imagen de niño desnutrido. Son gordos y gruesos, como si se hubiera inyectado colágeno, sobre todo el inferior. Llevaba el pelo corto y desaliñado, y quizá más largo por un lado o con una textura distinta, como si se hubiera hecho un peinado diferente en cada lado de la cabeza. No lo llevaba sucio, ni tampoco recién lavado.

Iba afeitado y lucía unas gafas de montura fina y metálica, y constantemente se ajustaba la patilla derecha con gesto distraído. A veces se las empujaba sobre el puente de la nariz con el dedo. Me fijé en que tenía un tic: cuando estaba concentrado en algo, se olfateaba el dorso de la mano, o por lo menos se la ponía debajo de la nariz. Es algo que todavía hace con frecuencia. Llevaba una camiseta de color gris liso, o quizá fuera azul, y pantalones vaqueros. La camiseta daba la impresión de que la hubiera lavado cientos de veces. Parpadeaba mucho. Me di cuenta de que era tímido. Podríamos

haber pasado la noche entera allí sentados, el uno al lado del otro, y él no me habría dicho ni una palabra. En un momento dado me sonrió, pero nada más. Si lo hubiera dejado de su cuenta, jamás nos habríamos conocido.

Como comprendí que él no iba a decir nada, hablé yo primero:

—Lo estáis haciendo bastante bien. —Estas fueron las primeras palabras que le dije a Jake.

Él levantó su vaso de cerveza.

—Contamos con buenos refuerzos.

Y ya está. Se rompió el hielo. Estuvimos hablando otro poco más. Después, con mucha naturalidad, me dijo:

—Yo soy un cruciverbalista.

Respondí algo ambiguo, como «ah» o «ya». Desconocía aquella palabra.

Jake dijo que él había querido poner a su equipo el nombre de Ipseidad. Tampoco sabía qué significaba esta palabra, e inicialmente pensé en fingirlo. Ya me estaba dando cuenta de que, a pesar de sus precauciones y sus reticencias, Jake poseía una inteligencia que resultaba exótica. No era agresivo en modo alguno. No estaba intentando ligar conmigo. No me lanzaba frases cursis. Simplemente estaba disfrutando de la conversación. Me dio la impresión de que no salía con muchas chicas.

—Me parece que esa palabra no la conozco —le respondí. Y la otra tampoco.

Llegué a la conclusión de que a Jake, como a la mayoría de los hombres, le gustaría explicármelo. Le gustaría más que si pensara que yo ya conocía aquellas palabras y que poseía un vocabulario tan variado como el suyo.

—La *ipseidad* es, esencialmente, otra manera de llamar a la identidad o la individualidad. Procede de *ipse*, que en latín significa «uno mismo».

Sé que esta parte parece pedante y suena a sermón repelente, pero créanme que no lo era. En absoluto. En el caso de Jake, no. Jake tenía una caballerosidad, una docilidad natural que resultaba muy atractiva.

—Se me ocurrió que podía ser un buen nombre para nuestro equipo, teniendo en cuenta que somos muchos, pero no nos parecemos a ningún otro equipo. Y como jugamos utilizando un único nombre, ese suscita una identidad unitaria. Perdona, no sé si todo esto tiene sentido, está claro que es un aburrimiento.

Los dos rompimos a reír y tuvimos la sensación de estar solos allí dentro, en aquel bar. Yo bebí un poco de cerveza. Jake era gracioso. O por lo menos tenía sentido del humor. Pero seguí pensando que no era tan gracioso como yo; la mayoría de los hombres que conozco no lo son.

Un poco más tarde me dijo:

—Es que la gente no es muy graciosa, la verdad. Ser gracioso es raro. —Lo dijo como si supiera exactamente lo que yo había pensado un poco antes.

—No sé si será verdad —respondí. Me gustó que expresara una afirmación tan decidida acerca de «la gente». Por debajo de su barniz de autocontrol bullía una profunda seguridad en sí mismo.

Cuando vi que sus amigos y él estaban ya preparándose para irse, se me pasó por la cabeza pedirle el teléfono o darle el mío. Tenía unas ganas locas, pero no fui capaz. No quería que se quedara con la impresión de que estaba obligado a llamarme. Quería que me llamara, por supuesto, lo deseaba mucho. Pero me conformé con la probabilidad de volver a encontrármelo por ahí. Aquello era una localidad universitaria, no una ciudad grande. Seguro que me tropezaba con él. Y resultó que no tuve que esperar a que se diera la casualidad.

Debió de colarme la nota en el bolso en el momento de despedirse. La encontré al llegar a casa:

*Si tuviera tu teléfono, podríamos charlar y te contaría una cosa muy graciosa.*

Me había escrito su número de teléfono al final.

Antes de acostarme busqué la palabra *cruciverbalista*. Lancé una carcajada y le creí.